

Antonio Vázquez Barquero

Las nuevas fuerzas del desarrollo

Antonio Bosch, Barcelona, 2005, 177 págs.



Raquel Díaz Vázquez
Universidad de Vigo

El proceso de cambio continuo en el que estamos inmersos desde hace más de dos décadas y caracterizado, sin duda, por la globalización de los mercados y los territorios, ha provocado el surgimiento de una «nueva economía». El entorno de creciente globalización, los nuevos patrones de localización empresarial o los cambios en la organización empresarial exigen nuevos planteamientos y la búsqueda de diferentes soluciones para viejos problemas aún no resueltos, especialmente dentro del campo del crecimiento económico y el desarrollo.

Este libro se encuadra dentro de esta línea de recientes aportaciones conscientes de la existencia de un nuevo contexto económico en continuo cambio, y que, interesada, más que en el estudio de los factores que generan el crecimiento económico en un territorio, lo está en el análisis de los elementos que permiten el *desarrollo sostenible* de ese territorio. De hecho, este cambio terminológico es uno de los elementos que más se destacan en el libro. No en vano, su autor, el profesor Vázquez Barquero, catedrático de Economía de la Universidad Autónoma de Madrid, es un reconocido experto en el campo del desarrollo económico y territorial y con una amplia labor tanto en el campo de la investigación teórica como en el ámbito de la aplicación al mundo real. Lo avalan la gran cantidad de trabajos publicados sobre este tema, así como su participación como consultor de diferentes organismos internacionales centrados en el desarrollo.

De acuerdo con sus ideas, en el libro defiende la teoría del desarrollo endógeno, una teoría en la que conceptos como empresario, innovación, dinámica, territorio o sinergias asumen un protagonismo destacado como piezas clave en los procesos de crecimiento continuo y duradero en las diferentes economías. Una teoría que, identificando las «fuerzas del crecimiento» nos aporta soluciones en un entorno dinámico y caracterizado por la integración económica y la creciente competencia.

Los datos y, por lo tanto, los hechos que el autor nos muestra para demostrar que las prácticas basadas en el «fundamentalismo del capital» no han aportado soluciones a problemas tales como la desigualdad económica entre los territorios, son claros y concisos: la divergencia entre los países ricos y los países pobres ha aumentado de forma progresiva, pre-

cisamente, en el período de mayor integración económica, a la vez que se siguen constatando grandes bolsas de pobreza en los países más pobres. Por otra parte, las políticas liberales, más preocupadas por la estabilidad macroeconómica, tuvieron claros efectos negativos sobre la renta y no han ayudado a eliminar esa brecha creciente entre los países ricos y pobres.

El enfoque del desarrollo endógeno surge así ante el fracaso de los modelos de crecimiento basados en el fundamentalismo del capital. Recoge la esencia de las aportaciones de los modelos de Harrod –que defienden que la base del crecimiento económico está en la inversión en capital–, de Solow –en donde el factor clave es el progreso técnico– y las del crecimiento endógeno surgidas a partir del trabajo de Romer –introduciendo dinámica en la innovación, el capital humano o la I+D–. Ahora bien, la teoría del desarrollo endógeno va más allá. Amplía el análisis del crecimiento económico incorporando la perspectiva *territorial*. En este sentido, acierta al considerar como factores decisivos para el desarrollo sostenible y duradero elementos como la flexibilidad en la organización de la producción, la difusión de las innovaciones, la dinámica urbana o un desarrollo eficaz de las instituciones. La clave reside en la búsqueda de la fuente que genere economías externas y que permita romper con una ley de los rendimientos decrecientes que, de forma obligada, nos llevaría a un estado estacionario sin crecimiento real. Las explicaciones aportadas y que constituyen las «fuerzas del desarrollo» permiten la anulación de esta ley que predice la –en la realidad inexistente– convergencia económica y colocan en un segundo plano aspectos como la abundancia de recursos naturales o humanos. La interacción de todas estas fuerzas de desarrollo y las sinergias que multiplican los efectos permiten el desarrollo económico a largo plazo, porque admiten incrementos sostenidos de la productividad.

Destaca, sobre todo, el papel que toma el *empresario*. Éste se convierte en el principal motor del crecimiento y es una de las piezas clave en este enfoque. El empresario es quien toma las decisiones de cómo invertir, cuánto invertir y, por supuesto, dónde invertir. Ahora bien, no se debe olvidar que las empresas se localizarán en territorios concretos dependiendo de lo que cada territorio le pueda ofrecer a todos los niveles. Y, a su vez, la propia empresa interactuará en el desarrollo de la zona en la que se ubique dependiendo de su propia política de innovación, de su capacidad de adaptación a los continuos cambios en el entorno económico o de las posibles interrelaciones con otras empresas o con las instituciones. De ahí, el segundo elemento clave de este enfoque: el *territorio*. El desarrollo adquiere en consecuencia el carácter de *endógeno*, depende de cada territorio, de sus características, ya no solo de su potencial –basado en sus recursos–, sino fundamentalmente de su capacidad para adaptar su propia estrategia de desarrollo, para impulsar el progreso tecnológico, para atraer empresas o para fomentar las sinergias entre las distintas fuerzas del crecimiento. Éstos son los principales factores que determinan una realidad económica: la inexistencia de una única senda de crecimiento y la posibilidad de no convergencia entre regiones.

De hecho, los procesos de globalización han sacado a la luz la existencia de diferentes sendas de crecimiento y que dependen de cada territorio. La internacionalización de los mercados, los capitales y la producción han provocado un aumento de la competencia entre territorios; y de la capacidad de respuesta de cada uno de ellos a los desafíos que este nuevo entorno económico plantea dependerá su propio futuro económico, su propio desarrollo.

En este contexto se entiende la defensa de las políticas de visión *bottom-up* –en donde las políticas se desarrollan por iniciativa local y no dependen de la administración central– frente a las de enfoque *top-down* –donde las administraciones centrales practican las políticas de redistribución espacial–. Dado que cada territorio es conocedor de sus características, de su potencial, de sus capacidades, y dado que tiene poder de decisión, se da por supuesto que aplicará su política más adecuada de acuerdo con sus necesidades. Son conscientes también del nuevo contexto económico, de la mayor integración de los mercados, del incremento de la competencia. Por eso, las políticas del desarrollo endógeno buscan crear un entorno favorable al clima empresarial y, para ello, proponen mejorar, dentro de cada territorio, cada una de las fuerzas determinantes en la acumulación del capital y el crecimiento. Se proponen políticas que promuevan la mejora continua de la capacidad empresarial y organizativa del territorio, la atracción de nuevas empresas, iniciativas para el crecimiento y difusión de la innovación, fomento del desarrollo urbano del territorio, o medidas para el crecimiento y mejora de las sinergias entre las distintas fuerzas de desarrollo.

Ahora bien, se debe tener presente que este enfoque o, más específicamente, las políticas planteadas por este enfoque –considerado de forma aislada–, pese a acertar en su visión territorial del desarrollo, adolecen del aspecto de parcialidad generado por esa propia visión territorial de la Economía.

La globalización no sólo genera competencia entre mercados, sino también entre territorios. En el contexto de «deslocalización» en el que estamos inmersos, el empresario «potencial» es visto por el resto de agentes territoriales como un «ente» al que atraer a su zona. Se entra así en un proceso de fuerte y dura competencia entre territorios con el objeto de atraer a esa empresa, y en el que cada uno de ellos mostrará sus capacidades y su potencial. Las políticas de desarrollo endógeno son las que, al final, pueden acabar compitiendo entre sí, y pueden perder su efectividad. De ahí que el desarrollo sostenible implique, ya no sólo la colaboración público-privada o privada-privada en cada territorio, como defiende el autor, sino también la cooperación entre territorios con el objeto de no considerar al resto de territorios como rivales. Ello implica que, pese a la defensa de las políticas de visión *bottom-up*, las políticas de enfoque *top-down* son, bajo mi punto de vista, también necesarias dentro de este contexto de incremento de la competencia, y no solamente, como argumenta el autor, por ser «políticas sectoriales y espaciales que promueven el desarrollo estructural» (pág. 144), sino que, al ser políticas practicadas por una administración central, permitirían la actuación en aquellos casos en los que la competencia entre territorios fuera desigual.

En términos generales, el libro destaca por ofrecernos una nueva visión de la Economía, un replanteamiento del viejo problema del desarrollo económico, por aportarnos nuevas explicaciones a la situación económica real y por plantear soluciones alejadas del fundamentalismo del capital y más próximas a la economía real. Cada vez es mayor el número de economistas centrados en estas cuestiones. Pero, ante los cambios constantes en el entorno económico, la creciente globalización, la dinámica de la innovación o la preocupación por el medio ambiente, sigue siendo necesario centrar la atención de un mayor número de investigadores en estas materias básicas del análisis económico.